

Iglesias sin curas



Hasta un 'sabio distraído' como Rafael Sánchez Ferlosio lo ha advertido y lo ha proclamado, con total desparpajo según su costumbre, a los cuatro vientos: **«Su problema más grave es la desesperación porque no tiene vocaciones»**. **Se refería -fácil es de entender- a la Iglesia**. Y hay que añadir que son muchos los católicos que, con mayor o menor acierto, comparten este juicio o esta aprensión. «La Iglesia, dicen, se queda sin curas, sin sacerdotes».

Tal vez sería bueno recordar a estos temerosos y preocupados por el futuro de la fe que el término 'sacerdote' no aparece en los textos del Nuevo Testamento y que solo a partir del siglo III las comunidades cristianas le conceden carta de ciudadanía ¡y de qué manera, válganos Dios! **Durante los doscientos primeros años de la Iglesia nadie habló de sacerdotes ni de curas**. La denominada 'Carta a los hebreos' es el primer documento cristiano en que se habla de 'sacerdocio'; lo hace, como es sabido, con referencia explícita a Cristo. Pero este importantísimo documento canónico no tiene al apóstol Pablo como autor -según se ha creído durante siglos- sino que es de una época posterior, redactado por cristianos admiradores del 'Apóstol de las gentes' y entre los que figuraban, por lo que parece, levitas y sacerdotes de la Antigua Alianza llegados al cristianismo con una exagerada añoranza del esplendor que tuvo en su día el templo de Jerusalén... Y no son obra de Pablo, igualmente, las cartas

a Tito y a Timoteo, documentos canónicos que suelen citarse en apoyo del 'orden sacerdotal'. **Las comunidades cristianas contaban, como es natural, con personas que las presidían y ordenaban -que celebraban la Eucaristía del Señor- pero que no eran ministros consagrados. Tertuliano afirma resueltamente, a la altura del siglo III, que cualquier bautizado bien visto por la comunidad de los hermanos solía presidir la 'Cena del Señor' o Eucaristía.** Y de hecho, el diccionario de uso corriente en las comunidades de los primeros siglos echa mano de términos de la vida civil para designar los diferentes cargos que dirigían y servían a los seguidores de Jesús. El bien conocido teólogo José María Castillo enumera no menos de diez cargos y servicios habituales en el seno de las comunidades cristianas; y todos ellos con nomenclatura profana o civil. Más aún: **hasta el mismo término 'orden' -que con el adjetivo de 'sacerdotal' ha llegado hasta hoy- tiene su origen y uso en la esfera social romana. Se hablaba así del orden de los senadores y del orden de los caballeros; y tanto en un caso como en el otro, la pertenencia al 'ordo' comportaba prestigio, riqueza, boato, separación de la masa..** Cuando las comunidades cristianas se apropiaban de este término, ¿eran conscientes de que estaban dejando a un lado la enseñanza de Jesús, «el que sea mayor entre vosotros, muéstrase como el menor», o se estaban contagiando de las pompas y vanidades de este mundo?

Estaba a un caer el reconocimiento del cristianismo en la esfera de lo civil con la llamada 'paz constantiniana' (año 313) y sabido es cómo son muchos los que sitúan en ese reconocimiento -en sí mismo positivo- el comienzo de una cierta mundanización de la Iglesia que con el tiempo le llevaría a más de un exceso. **Es de toda justicia subrayar la inmensidad de bienes que ha reportado a las comunidades cristianas la fórmula del 'orden sacral'; pero también es obligado subrayar el veneno que la dicha fórmula ha inoculado en el cuerpo de la Iglesia: el gran contingente de los laicos se ha ido configurando poco a poco como masa que oye y calla, obedece a lo que se le manda y espera cruzada de brazos hasta un nuevo mandato..** La participación activa de los seculares en la marcha de la Iglesia ocupa ya, por fortuna, un primer plano de actualidad en la literatura cristiana de nuestro tiempo, pero -por desgracia y salvo contadas excepciones- la tan traída y llevada participación laical no pasa de ser un pío desideratum. La fórmula del 'ministerio sacro' u 'ordo sacerdotal', por el contrario, se fue expandiendo y consolidando a lo largo de la historia; y ha llegado hasta el día de hoy imponiendo una nítida distinción entre clérigos y laicos. Persistirá, ay, esta distinción mientras las comunidades estén presididas día y noche por un ministro consagrado que tiene 'la sartén por el mango y el mango también'. Y surge la pregunta: **¿no sería cosa de retornar al estilo de los primeros tiempos de la Iglesia en que los 'liberados' -sin más 'sacralidades'- se dedicaban a dar vida a nuevas comunidades, a ser testigos de la fe de unas comunidades ante otras, a servir de vínculos de caridad de todas las comunidades entre sí?** A cuantos se sientan confundidos, perplejos y tal vez escandalizados ante estas propuestas, habrá que recordarles la magnífica expresión del jesuita padre Rhaner: «Jesús no es el fundador de la Iglesia sino su fundamento». **Cada generación, cada tiempo tendrá que ver cómo organizarse al servicio del Reino de Dios.**

Manuel de Unicití

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/iglesias-sin-curas